

Ecós del Centenario de la Independencia del Perú

HOMENAJE A BOLIVAR

POR EL DR. GERMAN LEGUÍA Y MARTÍNEZ
Ministro de Gobierno y Policía

«Señores:

AUNQUE el gran acontecimiento que conmemoramos no tenga relación inmediata con la egregia personalidad del Libertador, llegado a nuestras playas tan sólo en 1823, imposible entre nosotros es hablar de independencia y libertad sin evocar la titánica figura del guerrero a quien tocó redondear la emancipación del Perú y reafirmar la redención total del continente en las homéricas jornadas de Junín y de Ayacucho.

No tan sólo inexcusable olvido, sino ingratitud culpable, habría en el hecho de consagrar el pensamiento patrio a la recordación de la epopeya magna, y en tal ocasión saltar en silencio sobre la sombra excelsa del fundador de cinco repúblicas; del insigne capitán que, caballero en su bridón de combate, paseóse en triunfo desde las bocas del Orinoco hasta el más remoto linde meridional del Imperio de los Incas.

En nombre de mis compatriotas, y en el del gobierno del Perú, a que en estos dichosos instantes tengo la honra de pertenecer, vengo, pues, a la cabeza de esta patriótica romería, a cumplir, como cumpro, el plácido deber de rendir homenaje solemne al perñclito venezolano. Y, al hacerlo, sólo siento que mis dotes se hallen muy por debajo del objeto a que osadamente se dedican, gracias a una transitoria posición oficial, impositora de un papel que otros desempeñarían mejor, con verdaderos talento, elocuencia y maestría.

A pesar de Spencer, Lazarús, Bourdeau y demás sociólogos opuestos a la teoría, ya no caben, señores, duda ni discusión acerca de la ley histórica, afirmativa del poderoso influjo ejercido en los acontecimientos humanos por la intervención de los grandes hombres. «La personalidad—asienta un filósofo reciente—introduce en el encadenamiento de los hechos una nueva fuerza extraña a su desenvolvimiento mismo».

Y, en efecto, sin los grandes hombres, perderíase la humanidad en una serie de hormigueos sin conexión; choques violentos sin unidad; marchas sin rumbo y sin objetivo; oleajes de tormenta, con estéril desgaste de energías; saltos y retrocesos arrítmicos, en

que las tendencias contradictorias o divergentes de los grupos en actividad estorbarían la potencia máxima o anularían la finalidad suprema del conjunto.

Son los grandes hombres—esos a quienes se ha denominado providenciales, representativos o superhombres—quienes extraordinarios y repentinos, fundiendo en un haz consciente las aspiraciones de la masa, recogen la invisible simiente, lanzada en el surco por apóstoles y mártires; se erigen en centros de una época y en palancas de una situación; empuñan la antorcha directriz de los empujes étnicos o sociológicos; conquistan el puesto de vanguardia; aúnan, sintetizan y encauzan los esfuerzos aislados; pronuncian el oráculo del ideal; prenden intensamente su luz; localizan el término y el rumbo; derriban los tropiezos y las vallas; aplastan la acción y la gritería de estagnados y retrógrados; cruzan con sus multitudes, si es preciso, como la tormenta o el simún; rasgan el velo de los misterios consagrados por la ignorancia y por el miedo; y abren nuevos horizontes con proyecciones crecientes hasta el infinito.

Son ellos los que nos dan las profundas sorpresas de la historia; los que, en conquistas, sangrientas a veces, pero siempre luminosas, nos orientan hacia las satisfacciones y magnificencias de lo porvenir.

Poco importa que en la senda arrasen y aniquilen; que a su paso o a su vuelo, impriman huellas de sangre, muerte y destrucción. Cuando el huracán bate las alas prepotentes; cuando el mar se encrespa en trombas y tumbos, y silba, y se remueve de superficie a fondo, la naturaleza no piensa en lo que pueda eliminar, ni se duele de aquello que llegue a destruir: no se para a gemir sobre los restos de las aves que se precipitan fulminadas sobre las arenas, ni antes los peces barridos que se debaten y ahogan con las brisas de la playa; su objeto es purificar, rehacer, reconstruir. Y reconstruye, en efecto, sobre las ruinas y hecatombes del pasado, porque es ley humana que la muerte sirva de fuente y de comienzo a la aurora de otra vida.

La falta de uno de esos seres extraordinarios hizo fracasar los prime-

ros empeños de liberación cumplidos por las masas autóctonas y criollas del continente, hambrientas de igualdad, ya que no de una libertad que no habían ensayado y que aun no comprendían; hartas de vasallaje y explotación; y, en una palabra, sedientas de justicia.

Ni en Amaru ni en Velazco, ni en Pumacahua ni en Angulo, ni en Miranda ni en Quiroga, ni en Carrera ni en Murillo, ni en los muchos otros mártires de la sucesión continental, habían encarnado todavía los superhombres destinados a efectuar la mutación reivindicatoria; ésa a que propendían, frenéticamente ya, el pensamiento y el anhelo de las superiores capas sociológicas.

Era preciso que compareciesen en la escena los redentores presuntos de la América sojuzgada: Bolívar y San Martín, los dos arcángeles cuya espada de fuego habría de operar la transformación histórica necesaria de brotar en el Nuevo Mundo.

Representan las dos fuerzas continentales convergentes, desde el norte y desde el sur, hasta el punto céntrico de incidencia y de máxima atracción, preferido, como núcleo de la resistencia colonial; fuerzas que, aunque amigas, actuando, en sentido opuesto, operaron su encuentro en la línea de los equinoccios; y dieron la resultante requerida mecánicamente por su potencia intrínseca; resultante que, adoptando la dirección impresa por la energía más poderosa, precipitóse al cabo por la ruta conducente al ímpetu final irresistible.

Todo, en esos dos colosos, resultó congruente y adaptable a su misión y a su destino.

Voces más autorizadas y plumas más elocuentes acaban de hacer el meritisimo elogio del Washington del Mediodía, a quien, como protagonista del suceso que honramos en este centenario, corresponden los primordiales tributos y aclamaciones de la fiesta.

Toca, ahora, al más humilde de los peruanos hacer el elogio de Bolívar.

¡Quién le hubiera visto y escuchado, un instante siquiera, para trazar la imagen de aquel hombre-prodigio!

Sus contemporáneos lo delínean, todos, con los rasgos inconfundibles del genio. Cabeza cesárea, prominente en la parte posterior, y diademada por selvática explosión de rizados cabellos; sienes cóncavas, recogidas hacia adentro, como para pensar más firme y hondo; frente anchurosa, paralelamente surcada por esas arrugas rajantes con que marcan la piel de sus escogidos las preocupaciones del ideal, las ansias del deber, la penetración de un objetivo tan difícil cuanto anhelado, y los cotidianos cardos de una brega